

Olivos, y cruzado por un torrente que arrastraba sus amargas y amarillentas ondas sobre las quebrantadas peñas del valle de Josafat. A algunos pasos de allí, una negra y pelada roca se destaca, como un promontorio, del pié de la montaña, y suspendida sobre el Cedron y sobre el valle, sostiene algunas antiguas sepulturas de los reyes y los patriarcas, labradas en gigantesca y estraña arquitectura, y se lanza, como el puente de la muerte, sobre el valle de las lamentaciones!

En aquella época, sin duda, las faldas, hoy medio peladas, del monte de los Olivos, estaban regadas por el agua de las piscinas y por las corrientes olas del Cedron. Huertas de granados, de naranjos y de olivos cubrían de una sombra mas densa el angosto valle de Getsemani, que se abre, como un nido de dolor, en el fondo mas estrecho y tenebroso del de Josafat. El hombre de oprobio, el hombre de dolor podia esconderse allí como un criminal, entre las raices de algunos árboles, entre las rocas del torrente, bajo las triples sombras de la ciudad, de la montaña y de la noche; podia oír desde allí las secretas pisadas de su madre y de sus discípulos que pasaban por el camino buscando à su hijo y à su maestro; los confusos rumores, las estúpidas aclamaciones de la ciudad que se alzaban sobre su cabeza para regocijarse de haber vencido la verdad y espulsado à la justicia; y el gemido del Cedron que corria bajo sus piés, y que pronto iba à ver su ciudad derribada y sus

manantiales destruidos por la ruina de una nacion culpable y ciega. ¿Podia escoger mejor Cristo el lugar de sus lágrimas? ¿Podia regar con el sudor de su sangre una tierra mas trabajada por miserias, mas abrevada de tristezas, mas empapada en lamentaciones?

Volví à montar à caballo, y, volviendo à cada instante la cabeza para ver algo mas del valle y de la ciudad, subí en un cuarto de hora la montaña de los Olivos; cada paso que daba mi caballo por el sendero que conduce à su cima, me descubria un barrio, un edificio mas de Jerusalem. Llegué à la cumbre coronada por una mezquita ruinosas que cubre el sitio donde Cristo se elevó al cielo despues de su resurreccion; torcí un poco à la derecha de aquella mezquita para llegar junto à dos columnas rotas, tendidas por el suelo, al pié de algunos olivos, sobre una meseta que mira al mismo tiempo à Jerusalem, à Sion, à los valles de San Sabá que conducen al mar Muerto, y al mismo mar Muerto que brilla desde allí entre las cimas de las montañas y el horizonte inmenso y surcado por cumbres diversas que remata en las sierras de Arabia. Allí me senté;—hé aquí la escena que tenia delante.

La montaña de los Olivos, en cuya cima estoy sentado, descende en áspera y rápida pendiente, hasta el profundo abismo que la separa de Jerusalem y que se llama el valle de Josafat. Desde



el fondo de este sombrío y estrecho valle cuyas pedradas laderas están salpicadas de piedras negras y blancas, piedras fúnebres de la muerte, se alza una inmensa y ancha colina cuya rápida inclinación se parece á la de un alto murallon desmoronado; ningun árbol puede plantar en ella sus raíces, ningun musgo puede siquiera enganchar en ella sus filamentos; la pendiente es tan pina que la tierra y las piedras ruedan por ella sin cesar, y no presenta á la vista mas que una superficie del polvo árido y desecado, semejante á montones de cenizas tirados desde lo alto de la ciudad. Hacia la mitad de esa colina ó baluarte natural, altas y fuertes murallas de piedras anchas y no labradas en su faz exterior toman arranque ocultando sus cimientos romanos y hebráicos bajo aquella misma ceniza que cubre su pié, y se alzan aquí cincuenta, ciento, y mas léjos, de dos á trescientos piés sobre esta base de tierra.

Las murallas están cortadas por tres puertas de la ciudad, de las cuales dos están tapiadas; la única abierta delante de nosotros parece tan vacía y desierta como si solo diese entrada á una ciudad no habitada. Los muros se alzan todavía encima de aquellas puertas y sostienen un ancho y vasto terrado que se extiende sobre los dos tercios de la longitud de Jerusalem, por el lado que mira al Oriente; este terrado puede tener á ojo mil pies de largo sobre quinientos á seiscientos de ancho; está

casi perfectamente nivelado, salvo en su centro, donde se ahueca insensiblemente, como para recordar á la vista el valle poco profundo que separaba en otro tiempo la colina de Sion del valle de Jerusalem. Esta magnífica meseta, preparada sin duda por la naturaleza, pero evidentemente acabada por mano de los hombres, era el sublime pedestal sobre el cual se elevaba el templo de Salomon; en el día sostiene dos mezquitas turcas; una, El-Sakara, en el centro de la meseta, en el solar mismo donde debia estenderse el templo; la otra, en la estremidad sudeste de la meseta, contigua á los muros de la ciudad. La mezquita de Omar, ó El-Sakara, admirable edificio de arquitectura árabe, es una mole de piedra de mármol de inmensas dimensiones, de ocho lados; cada lado está decorado con siete arcos que rematan en ogiva ó arco diagonal; encima de este primer órden de arquitectura, hay un tejado en forma de azotea, de donde arranca otro órden de arcos mas estrechos, terminados por una graciosa cúpula cubierta de cobre, dorado en otro tiempo.

Las tapias de la mezquita están revocadas de esmalte azul; á derecha é izquierda se extienden anchas paredes terminadas por ligeras columnatas moriscas, correspondientes á las ocho puertas de la mezquita; mas allá de estos arcos desprendidos de todo el edificio, continúan las mesetas y rematan, una en la parte norte de la ciudad, otra en los mu-



ros por el lado del Mediodía. Altos cipreses diseminados como á la casualidad, algunos olivos, verdes y graciosos arbustos, que crecen aquí y allí entre las mezquitas, realzan su elegante arquitectura y el brillante color de sus paredes con la forma piramidal y la sombría verdura que se dibujan sobre la fachada de los templos y de las cúpulas de la ciudad.

Mas allá de las dos mezquitas y del solar del templo, Jerusalem toda entera se estiende y brota, por decirlo así, delante de nosotros, sin que el ojo pueda perder ni un tejado, ni una sola piedra de su recinto, y como el plano de una ciudad en relieve presentado por un artista sobre una mesa. Esta ciudad, no como nos la han presentado, informe y confuso monton de ruinas y de cenizas, sobre el cual se ven algunas cabañas de árabes, ó algunas tiendas de beduinos; no como Atenas, caos de polvo y de tapias derruidas, donde el viagero busca en vano la sombra de los edificios, el vestigio de las calles;—la vision de una ciudad, pero ciudad brillante de luz y de color!—presentando noblemente á las miradas sus muros intactos y almenados, su mezquita azul con sus columnatas blancas, sus millares de cúpulas resplandecientes, sobre las cuales la luz de un sol de otoño cae y rebota en vapor que deslumbra; las fachadas de sus casas teñidas, por el tiempo y por los veranos, del color amarillo y dorado de los edificios de Pesto ó de Ro-

ma; sus viejas torres, guardas de sus murallas, á que no falta ni una piedra, ni una tronera, ni una almena; y en fin, en medio de aquel oceano de casas y de aquella muchedumbre de pequeñas cúpulas que las cubren, un cimborio negro y rebajado, mas ancho que los otros, dominado por otro cimborio blanco,—el Santo Sepulcro y el Calvario,—están confundidos y como ahogados en el inmenso laberinto de cimborios, de edificios y de calles que los rodean, y es difícil darse cuenta así de la situacion del Calvario y de la del Sepulcro, que con arreglo á las ideas que nos da el Evangelio, deberian hallarse sobre una colina apartada fuera de las murallas, y no en el centro de Jerusalem! La ciudad, estrechada por el lado de Sion, se habrá ensanchado sin duda por el lado del Norte, para abarcar, en su recinto, los dos sitios que hacen su baldon y su gloria, el sitio del suplicio del Justo y el de la resurreccion del Hombre-Dios.

Hé aquí la ciudad desde lo alto de la montaña de los Olivos! No tiene horizonte detras de sí, ni por el lado del Occidente, ni por el del Norte: la línea de sus muros y de sus torres, las agujas de sus numerosos minaretes, los arcos de sus brillantes cimborios; se recortan duramente sobre el azul de un cielo de Oriente; y la ciudad, así sostenida y presentada sobre su ancha y elevada base, parece que brilla todavia con todo el antiguo esplendor de sus profecías, ó que no espera mas que una palabra



para salir espléndida, magnífica, de sus diez y siete ruinas sucesivas, y ser aquella *Jerusalen nueva que sale del seno del desierto, brillante de claridad!*

Esta es la mas esplendente vision que puede tener la vista de una ciudad que ya no existe, porque parece que es todavia y que brilla como una ciudad llena de juventud y de vida; y sin embargo, si se la mira con mas atencion, se ve que ya no es en efecto, mas que una hermosa vision de la ciudad de David y de Salomon. Ningun rumor se eleva de sus plazas y de sus calles; ya no hay caminos que conduzcan á sus puertas del Oriente ó del Occidente, del Mediodia ó del Septentrion; no hay mas que algunos senderos que serpentean á la ventura entre los peñascos, donde solo se encuentran algunos árabes medio desnudos, montados en sus borricos, y algunos camelleros de Damasco, ó algunas mugeres de Belen ó de Jericó, que llevan sobre la cabeza un cesto de uvas de Engaddi, ó un canastillo de palomas que van á vender por la maña bajo los terebintos, fuera de las puertas de la ciudad. Todo el dia estuvimos sentados en frente de las puertas principales de Jerusalen; dimos vuelta á las murallas, pasando por delante de las otras puertas de la ciudad. Nadie entraba, nadie salia; ni aun un mendigo estaba sentado junto á los pozos; el centinela no se mostraba en el dintel; nada vimos, nada oimos;—el mismo vacío, el mismo silencio reinaban á la entrada de un pueblo de treinta

mil almas durante las doce horas del dia, cual si hubiéramos pasado por delante de las puertas muertas de Pompeya ó de Herculano! Solo vimos cuatro entierros salir en silencio de la puerta de Damasco, y encaminarse á lo largo de los muros hácia los cementerios turcos;—y de la puerta de Sion, cuando pasamos por ella, mas que un pobre cristiano que habia sucumbido á la peste aquella mañana, y que cuatro sepultureros llevaban al cementerio de los griegos. Pasaron junto á nosotros, tendieron el cuerpo del apestado en la tierra, cubierto con sus vestidos, y se pusieron a cavar en silencio su último lecho, bajo los piés de nuestros caballos. La tierra en derredor de la ciudad estaba recién removida por semejantes sepulturas que la peste multiplicaba por dias, y el único rumor sensible, fuera de las murallas de Jerusalen, era la monótona lamentacion de las mugeres turcas que lloraban sus muertos! No sé si la peste era la única causa de la desnudez de los caminos y de aquel profundo silencio, alrededor de Jerusalen y dentro de ella: no lo creo, porque los turcos y los árabes no huyen de los azotes de Dios, convencidos de que en todas partes pueden herirlos y de que no hay camino para escapar de ellos.

Sublime razon por su parte, pero que los conduce á funestas consecuencias.

A la izquierda de la meseta, del templo y de



los muros de Jerusalem, la colina que sustenta la ciudad se aplana de repente, se ensancha y se desarrolla á la vista en suaves declives, sostenidos de trecho en trecho por algunos terrados de piedras rodadizas. Esta colina sostiene en su cima, á unos cien pasos de Jerusalem, una mezquita y un grupo de edificios turcos bastante semejantes á una aldea de Europa, coronada por su iglesia y su campanario.

¡Aquello es Sion! ¡el palacio! ¡la sepultura de David! ¡Aquel es el lugar de sus inspiraciones y de sus delicias, de su vida y de su descanso! ¡lugar doblemente sagrado para mí, para mí, cuyo corazón ha conmovido tantas veces, cuyo pensamiento ha arrebatado tantas tambien aquel divino cantor! ¡David es el primero de los poetas del sentimiento! ¡es el rey de los líricos! Jamas ha echado la fibra humana conciertos tan íntimos, tan penetrantes, tan graciosos! ¡Jamás el pensamiento del poeta se ha dirigido á tanta altura! ¡Jamás el alma del hombre se ha derramado delante del hombre y delante de Dios en espresiones y sentimientos tan tiernos, tan simpáticos y patéticos! ¡Los mas secretos gemidos del corazón humano han hallado todas sus voces y sus notas en los labios y en el arpa de aquel hombre! y si nos trasladamos á la remota época en que resonaban tales cantos sobre la tierra; si consideramos que entónces la poe-

sía lírica de las naciones mas cultas no cantaba mas que el vino, el amor, la sangre y las victorias de las musas y de los corceles en los juegos de la Elide, se siente uno penetrado de profundo asombro al oír los místicos acentos del rey profeta que habla al Dios creador como un amigo á su amigo, que comprende y alaba sus maravillas, que admira sus justicias, implora sus misericordias, y parece un eco anticipado de la poesía evangélica, repitiendo las dulces palabras de Cristo antes de haberlas oído. Profeta ó no, segun le considere un filósofo ó un cristiano, ninguno de ellos podrá rehusar al poeta-rey una inspiracion que no fué dada á ningun otro hombre! ¡Lean otros á Horacio ó á Píndaro despues de haber leído un salmo! Yo por mí, no puedo:

Yo, humilde poeta de un siglo de decadencia y de silencio; yo, si hubiera vivido en Jerusalem, hubiera elegido el lugar de mi residencia y la loma de mi descanso precisamente donde David eligió el suyo en Sion: esta es la mas hermosa vista de la Judea, y de la Palestina y de la Galilea. Jerusalem está á su izquierda con el templo y sus edificios, sobre los cuales podia estenderse la mirada del rey ó del poeta sin ser visto. Delante de él, fértiles jardines, en suaves declives, podian conducirle hasta el fondo del cauce del torrente cuya espuma y cuya voz amaba.



Mas abajo, el valle se abre y se estiende, sombreado por higueras, granados y olivos;—á alguno de estos peñascos suspendidos sobre el agua corriente; á alguna de estas sonoras grutas, refrescadas por el aliento y el murmullo de las aguas; al pié de algunos de estos terebintos, abuelo del terebinto que me cubre, venia sin duda á esperar el astro que le inspiraba tan melodiosamente! ¡Ah! ¡ojalá me fuera dado hallarle para cantar las tristezas de mi corazon y las del corazon de todos los hombres, en esta edad inquieta, como él cantaba sus esperanzas en una edad de juventud y de fé! Pero ya no hay cantos en el corazon del hombre, porque la desesperacion no canta; y mientras no descienda un nuevo rayo de luz sobre la tenebrosa humanidad de nuestros tiempos, las liras permanecerán mudas y el hombre pasará en silencio entre dos abismos de duda, sin haber amado, ni orado, ni cantado!

Pero volvamos al palacio de David; tiende sus miradas sobre el valle entonces verde y regado de Josafat; una ancha abertura en las colinas del Este conduce de declive en declive, de cima en cima, de ondulacion en ondulacion hasta el mar Muerto, que refleja allà abajo los rayos de la tarde, en sus densas y perezosas aguas, como un denso espejo de Venecia que da una tinta mate y aplomada á la luz que resbala sobre él. No es esto lo que el pensamiento se figura, un lago petrificado en un horizonte tris-

te y sin color; es, desde aquí, uno de los mas hermosos lagos de Suiza ó de Italia, dejando dormir sus tranquilas aguas entre la sombra de las altas montañas de Arabia, que se estienden como los Alpes, hasta perderse de vista detras de sus olas, entre las cimas airosas, piramidales, cónicas, ligeras y esplendentes de las últimas montañas de la Judea. Tal es la vista de Sion.—Pasemos adelante.

Otra escena del paisaje de Jerusalem hay que yo quisiera gravarme á mí mismo en la memoria, pero no tengo ni pincel ni color:—esa escena es la del valle de Josafat, valle célebre en las tradiciones de tres religiones, donde los judíos, los cristianos y los mahometanos colocan de comun acuerdo la terrible escena del juicio supremo.

¡Valle que ha visto ya en sus bordes la mas grande escena del drama evangélico,—las lágrimas, los gemidos y la muerte de Cristo!

¡Valle por donde todos los profetas han pasado sucesivamente, lanzando un grito de tristeza y de horror que parece que retumba en él todavía!

¡Valle que debe oír una vez el grande estruendo del torrente de las almas girando de Dios, y presentándose espontáneamente á su fatal juicio!



El mismo día.

Volvemos sin haber violado ninguna condicion del pacto ajustado con los religiosos, al convento de S. Juan en el desierto. Nos reciben con una confianza y una caridad que nos enternecen, porque si no fuéramos hombres de honor, si uno de nuestros árabes solamente hubiera burlado nuestra vigilancia y comunicado con los apestados, acaso llevaríamos la muerte al convento.

29 de Octubre 1832.

Salimos á las cinco de la mañana del desierto de S. Juan con todos nuestros caballos, escoltas, árabes de Abugosh y cuatro ginetes enviados por el gobernador de Jerusalem. Establecemos nuestro campamento á dos tiros de fusil de las murallas, al lado del cementerio turco, todo cubierto de tiendecillas adonde las mugeres van á llorar. Estas tiendas están llenas de mugeres, de niños y de esclavos, que llevan canastillos de flores que plantan por el día al rededor de la sepultura. Nuestros ginetes de Naplusa entran solos en la ciudad y van á avisar nuestra llegada al gobernador. Mién-

tras llevan nuestro mensaje, nos quitamos los zapatos, las botas y las trabillas de paño, que pueden comunicarnos la peste, y nos calzamos unas babuchas de taflete; nos untamos con aceite y con ajos, preservativo que he discurrido recordando el hecho reconocido en Constantinopla que los aceitesros están ménos sujetos al contagio. Al cabo de media hora vemos salir por la puerta de Belen al kiaya del gobernador, al intérprete del convento de los frailes latinos, cinco ó seis ginetes vestidos con brillantes trages y llevando bastones de puños de oro y plata, y en fin nuestros propios ginetes de Naplusa y algunos jóvenes pages tambien á caballo. Salímosles al encuentro, se forman en dos hileras á nuestros lados y entramos por la puerta de Belen: tres apestados, muertos la noche anterior, salian por ella en el mismo instante, y por un momento los que los llevan nos disputan el paso bajo la sombría bóveda de la entrada de la ciudad. Inmediatamente despues de haber pasado aquella bóveda, nos hallamos en una encrucijada compuesta de pequeñas y miserables casas, y de algunas huertas incultas, cuyas tapias están desmoronadas. Seguimos un momento el camino mas ancho de aquella encrucijada, que nos conduce á una ó dos callejuelas oscuras, estrechas y sucias, y en las que no vemos mas que entierros que pasan precipitadamente arrimándose á las tapias, á la voz y bajo el baston levantado de los genízaros del gobernador. De